

**siglo veintiuno editores**  
**PSICOPATOLOGÍA DEL BEBÉ**  
**S. Lebovici / F. Weil-Halpern**  
 De venta en: Av. Cerro del Agua No. 248  
 Col. Romero de Terreros 04310, D.F.  
 Tel: 658 7588 Fax: 6587599

# sábado

suplemento de **unomásuno** / director general: luis gutiérrez r.  
 director: huberto batis / **sábado** / 16 de septiembre de 1995 / 937

**siglo veintiuno editores**  
**RUIDOS**  
 Ensayo sobre la economía política de la música  
**Jacques Attali**  
 De venta en Av. Cerro del Agua No. 248  
 Col. Romero de Terreros 04310 D.F.  
 Tel: 658 7588 Fax: 658 7599

## ANUS ADMIRABILIS

Juan Carvajal

De lo que no se puede amar, lo mejor es apartarse

Debo ser ante todo directo con el posible lector de estas líneas, pues sólo así lograré transmitirle el deleite de que están colmadas sus imágenes tal como llegaron a mí en su misterio y se ofrecieron en su ser entero. Quizá ni siquiera deba decir que a lo que más se asemejan en su pureza e intensidad, en la riqueza de las emociones que me despiertan y en el temblor que me suscitan, sea a esas entidades prodigiosas y superiores, terribles en su simplicidad, llamadas desde muy antiguo ángeles. Bien, se los diré.

En el principio era un culo. Un culo de mujer suavísimo, con tonalidades rosas y malvas formando una especie de halo alrededor que prolongaba, a manera de haces de luz, un círculo de pelos rubios y castaños muy suaves. El culo estaba suspendido en el aire, solo, sin nada en derredor suyo, a la altura de mi cara. Yo lo miraba extasiado pues además de su belleza emanaba un exquisito perfume tan embriagador como inefable. Lo rodeaban limitándolo un círculo sonoro de palabras que no eran visibles pero estaban ahí. Eran las palabras del poeta Gerard de Nerval que hacía mucho tiempo había leído sin entender cabalmente su sentido: "Los pelos del culo forman el plan de un poema simbólico, filosófico y plástico dividido en tres partes." El culo, además, se derramaba de amor por mí.

Es de este amor que quiero hablar a ustedes. Yo estaba solo hacía tiempo y me sentía como se siente la gente que está sola, como algo estorbo aun para sí misma, tan viejo como sólo se puede sentir en la adolescencia, que no es mi caso; seco, vacío y exasperado contra mi soledad. Lo vi por vez primera, con el deleite abismal con que ahora lo veo, en uno de esos entrañados instantes en los que no nos arrancamos aún de la divina muerte del sueño y en los que al mismo tiempo creemos estar ya en el aquí; en ese interregno en el que las imágenes del sueño están todavía vestidas con los suntuosos e imprecisos ropajes del más allá, ese relámpago que es el instante único durante el cual nos revelan y creemos describir su sentido.

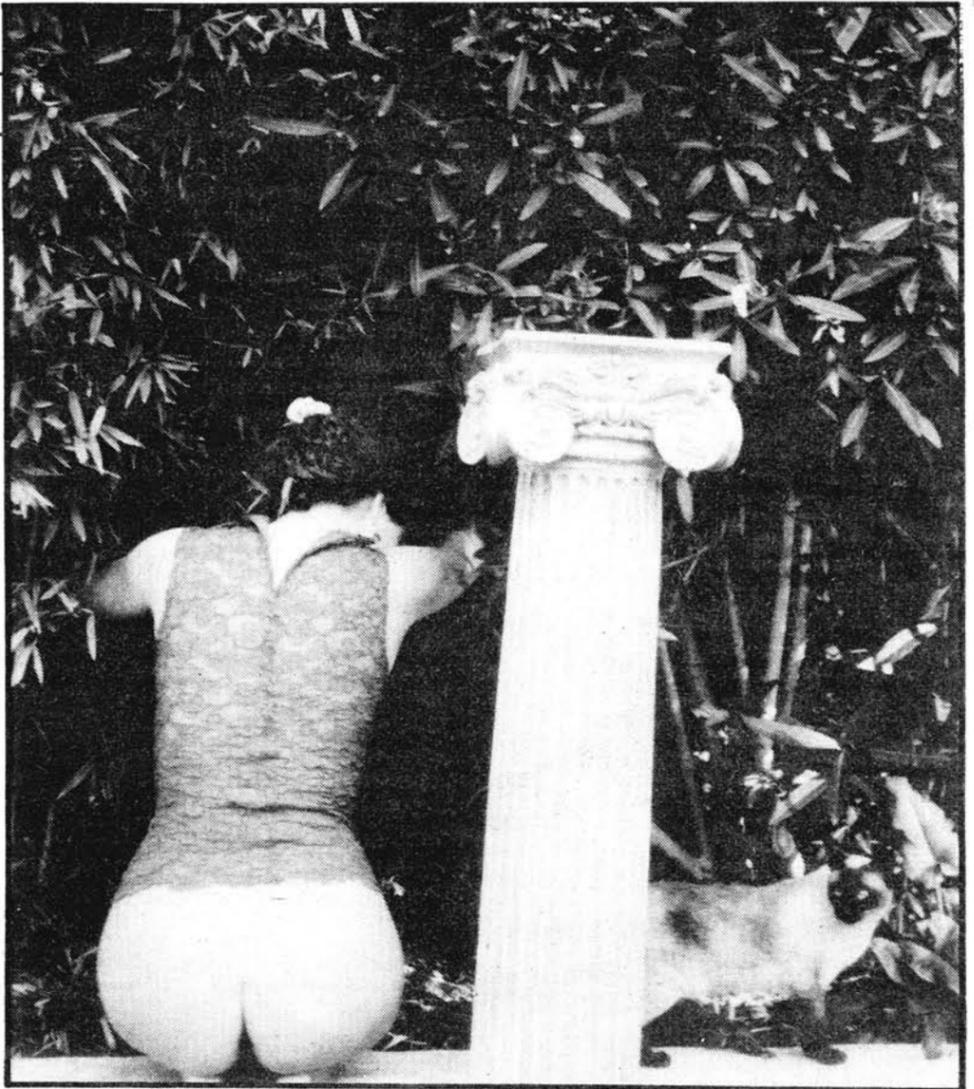
El culo, como el ojo de una dulce divinidad, venía de allá conmigo. Sentí la insoportable desolación de separarme de él y cerré al instante los ojos; vi entonces deleitado que ahí seguía, fiel, infinito pozo de dulzuras. Repetí una vez más la operación y me quedé frente a

él, consciente no obstante de cuanto me rodeaba. Veía mi cuerpo y al divino órgano viéndome, viéndonos hasta el devoramiento, queriendo ambos fundirnos en el otro; yo quería sobre todo tragar su ansia de devorarme, que era la raíz misma de mi placer; era al mismo tiempo y muy diferenciadamente un culo, una boca, un ojo, una mano y un pozo abstracto; tenía párpados, lengua, dientes, pelo y extremidades, era al mismo tiempo una excelsa nada; me vela y se dejaba ver, me lamía y era lamido desde siempre, me mordía, me palpaba acariciante, me hacía cuanto yo le hacía, nos deshacíamos y rehacíamos, aromaba a cosas sin fin. Poco a poco, al cabo de no sé cuánto tiempo, comencé a estar de manera simultánea en ambos lados.

Debo detenerme. Quizá él me dice que me detenga, que retome mis fuerzas en el aquí que se invade cada vez más de su presencia inlenguible y omnívora, imagen de mi fuerza y de mi debilidad. ¿Por qué vino hasta mí? Ahora puedo decir que no incurro en inmodestia cuando digo que sé que hay muchos otros más dignos que yo de albergarlo y merecerlo, y en verdad a medida en que lo penetro, ah, cómo lo penetro y me hace suyo, sé que soy el último al que debía haber venido y ese no es el último de mis bienes. No me importa revelarle esta certeza, más bien estoy orgulloso de hacerlo, pues compartirla con él nos hunde en una abyección mayor y aquí lo abyecto es lo mejor, lo que importa. Porque lo abyecto, señora, señor, es el extremo; y el amor —el placer— que no vive sus límites y los rompe y acrecienta no tiene razón de ser; no hay amor sin desmesura, amor que no sea un desmedido amor.

Pero volvamos, ¿quiere? Yo me quedaba a veces eternos cuan fugaces momentos frente a él, absorto ante el misterio de su ser culo desprendido de un resto coherente de cuerpo, pero esa misma condición abstracta lo volvía a la vez un culo cósmico, fundamento del ser en sí de la naturaleza. Al penetrarlo con mi boca, al introducirle mi lengua hasta un extremo insoportable para ambos pero que era el único punto donde queríamos estar, algo, con mi cuerpo y mente deshechos, no podía dejar de formularse el desconcierto de pensar que aun el muy perfecto Buda se había detenido ante el misterio de la mierda y no llegó a redimirse con una aceptación que hubiera podido asimilársela santamente —él, el Muy Santo— al concierto del cosmos en amorosa comunión. No podía aceptar que hubiera

⇒ 2



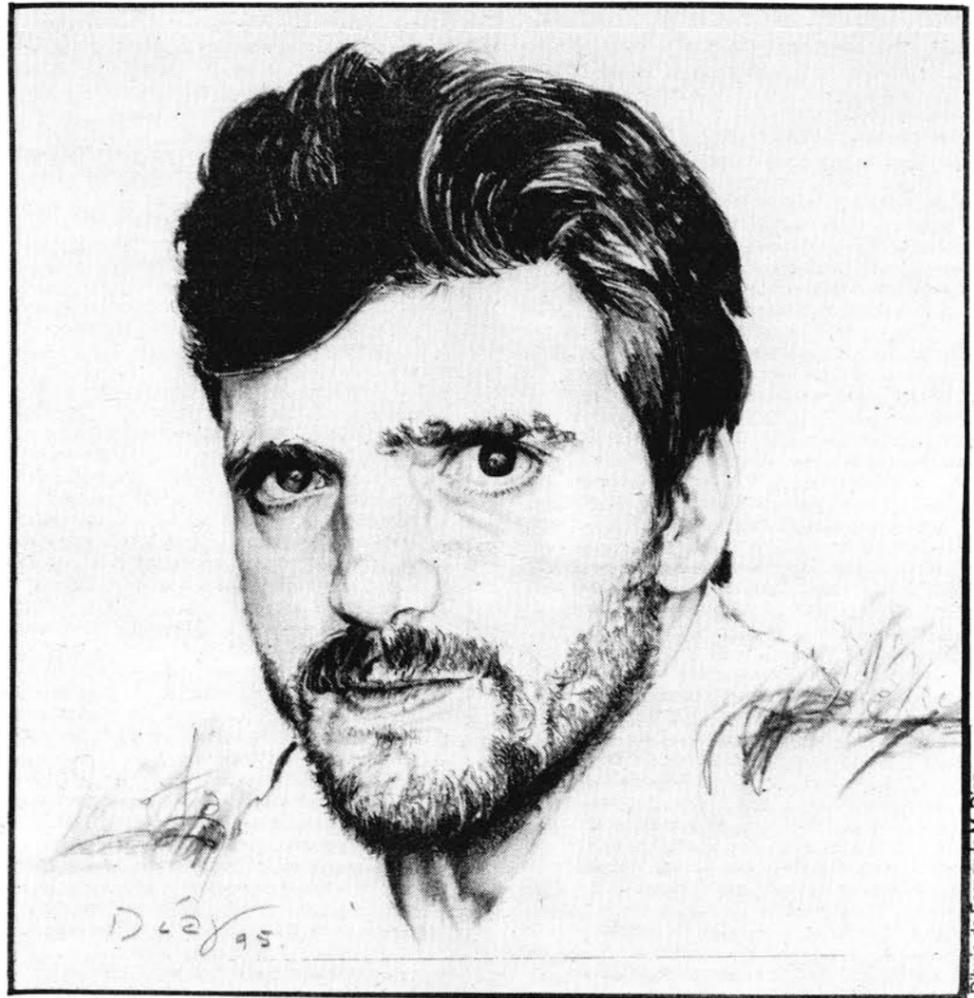
Fotografías de Claudia Shapiro

## EL MIEDO A LOS ANIMALES [fragmento de novela]

Enrique Serna

Por culpa del tráfico llegó a la presentación con un retraso de diez minutos. El pequeño salón, ubicado en la planta baja de una vieja casona colonial, tenía capacidad para unas 80 personas y estaba casi vacío. Agolpada en las primeras filas, la escasa concurrencia parecía formar un grupo cerrado, una minoría excluyente y orgullosa de serlo. Al primer golpe de vista notó una gran diferencia con los asistentes al velorio de Lima. También aquí los hombres llevaban pantalones de mezclilla o de pana, pero acompañados con suéteres de cachemira y gabardinas italianas de última moda. Lo que en la gente del velorio era una necesidad impuesta por el bolsillo, en ellos era una coquetería. Las mujeres, libradas ya de cualquier tentación populista, lucían su mejor ropa de coctel: vestidos cortos de seda, abrigos de piel de nutria, conjuntos de saco y pantalón con llamativas mascadas. Evaristo no había estado en la presentación de un libro desde los años 70, cuando el folklorismo de izquierda imponía un sello igualitario a la familia cultural, y sintió nostalgia por las camisas de manta, los jorongos, los huaraches y las cintas en la frente, que al menos atenuaban las diferencias de clase. ¿Eso era la posmodernidad? Pues qué chingadera. En el estrado, al centro de una mesa rectangular cubierta con un mantel verde, Perla Tinoco se sostenía la barbilla con el puño, en un gesto de mujer pensativa que al mismo tiempo le ayudaba a disimular la papada. Le calculó 50 años y 90 kilos. Hinchada del rostro, pero con rasgos finos que daban testimonio de su antigua belleza, llevaba un peinado de salón un tanto aparatoso y jugaba nerviosamente con su collar de perlas, sonrojada por los desmedidos elogios de Daniel Nieto.

—Avecilla de fina estampa que viaja de ensueño en ensueño, solitaria y altiva en su libertad, Perla Tinoco sabe que la búsqueda del poeta consiste en volar siempre más alto, hasta alcanzar las orillas del gran silencio, el espejo oscuro de lo inabarcable. En su vuelo poético, Perla describe por momentos curvas arriesgadas, otras veces planea suavemente como una gaviota y nos entrega versos de la más encantadora sencillez, como en la magnífica serie de *haikais* titulada "Pórtico", donde la conjunción de levedad y brevedad produce un abanico de fulguraciones. Pero es en los poemas de largo aliento donde Perla encuentra su propia voz, una voz renovadora y personalísima que no tiene



precedentes en la poesía mexicana de nuestro siglo... Encogido en el asiento, Evaristo se sentía observado y reprobado como *yuppie* cultural. Había en el ambiente un olor a estabilidad financiera que chocaba con su idea romántica de la literatura. Para él, todo escritor digno de ese nombre, más aún si era poeta, debía estar inconforme con la realidad y desesperado por cambiar el mundo. Los que tenía enfrente parecían hechos de otra pasta: no deseaban cambiar nada, sino revestir la podredumbre con su retórica preciosista, como si vivieran en un país culto, desarrollado y libre, donde la literatura de combate resultara superflua. Nieto recibió un aplauso desganaado al final de su intervención. Para no desentonar, Evaristo aplaudió también, con más entusiasmo que los señoritos

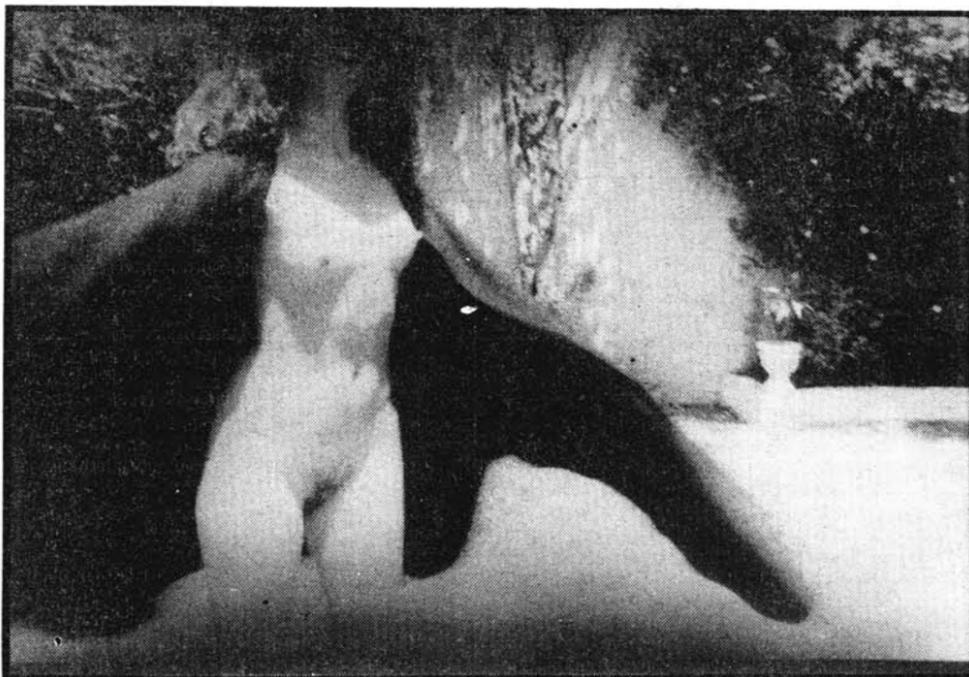
⇒ 3

de la primera preconizado un púdico apartamiento entre los hombres para realizar la función del excretar y la dejara permanecer en tanto tabú aparte y quizá enemigo del amor; esa detención ante los límites de una escatología, realizada por alguien que no dejó, por razones de cortesía, de ingerir la carne que él sabía que lo iba a matar, lo volvía ante mis ojos menos perfecto de cuanto era deseable.

Si ese era un culo adentro habría mierda, y sin embargo yo lo lamía con fruición, quería extraer y saborear su contenido como un néctar. Su aroma era embriagador de una manera potenciante, excepcional. Entonces esto es el bien, me decía; debo pues ir más allá, alcanzar lo que no tengo ni conozco ni imagino. ¿Será tal vez el mal? Me enamoré al instante de ese imposible. ¿Será posible el mal? Quise ir. Si la sustancia del culo participaba de esa esencia yo debía llegar a ella y amarla. Quise darle al culo por el culo. Y le dije, como el griego con la manzana ante las tres más grandes diosas de su empero: date la vuelta. Y al instante se la dio, con un renovado en ese giro amor, más amplio que el que hasta entonces me había dado, con intensificado ardor. Le metí entonces todo el pene por el culo. Vi enseguida cómo le nacían unas protuberancias y extremidades como piernas y nalgas deslumbrantes, y el animal bramaba de lujuria entre los místicos olores de la hierba. Pero eso estaba lejos de ser el mal. No era sino una más de las formas atávicas del bien. El divino culo subía y bajaba por las paredes y nervaduras de mi fuste derramando las sustancias inmortales de las que nace la vida mortal. Fuste, columna, verga. "Vemos ahí a la Venus, símbolo de la voluptuosidad, y a Psique, símbolo de la ignorancia,



## ANUS ADMIRABILIS



Verónica

dos estados del amor y, por así decirlo, el cuerpo y el alma de los pelos del culo." Esta era la primera parte del poema, correspondiente, según el poeta, a la antigua edad de oro griega. El aire alrededor era transparente y había manantiales y arroyos de aguas cristalinas en las que retozaban desnudas muchachas de pubis depilados.

Quise enturbiar esas aguas, convertirlas en insondable mar. Le dije: mómame. En cuanto sintió que mi voz la dominaba se embrocó como ánfora celeste en un giro de estrellas y se prendió con furia de ménade a mi verga. El culo cumplía su deleitosa función de boca succionante; chupaba, ah cómo chupaba y yo gozaba, ah cuánto al sentir los bordes de sus labios estirando mi piel, descubriendo mi cabeza inferior que entre sus dientes se revelaba cósmica. Pasó mucho tiempo, infinitudes, yo pedía más y ella era insaciable: te mamo más, decía cuando el placer indicaba que irla a acabar; y enloquecíamos, yo de satisfacción y ella de inagotable deseo. ¿Quién eres?, le pregunté entonces. Soy tu hermana, me dijo dándose apenas la vuelta sin soltarme y viéndome con un ojo gris, soy tu hermana, y me mamo más dulcemente aún, con más alta intensidad. En ese escorzo de mirada supe que era mi hermana

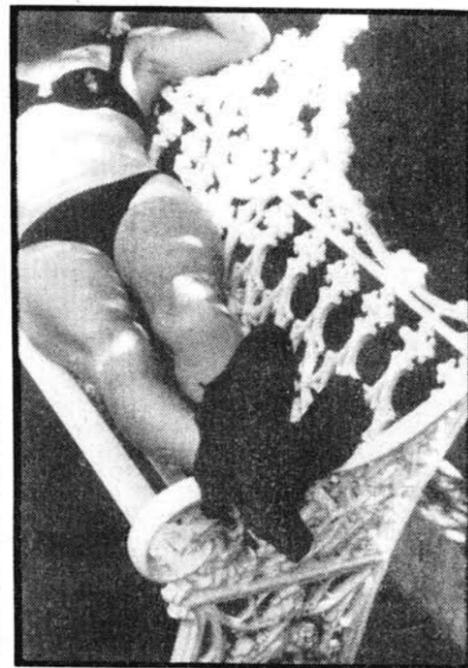
eterna y que eso nos convertía en seres sacramentales.

El culo seguía siendo el de mi hermana inmortal que ahora me lamía de manera misteriosa; a mi vez, sin que eso significara cambio alguno de posición, comencé a lamerlo largamente, de la vagina hasta el culo. Al hacerlo nos retorciábamos en espasmos sin fin y yo podía como entre relámpagos vislumbrar otras partes de un cuerpo, senos brillantes de rosadas areolas, muslos y talles interminables, de indescriptible gentileza. Era aún mejor que antes. Eramos, en nuestra búsqueda del mal, un bien casi completo, una criatura entera realizada, esa excelsa entelequia. Gozábamos en el infinito nuestro incesto y comenzamos a hablar, a decir las cosas del mundo en un universo que era más grande a cada palabra que nacía y cada vez más sólo nosotros mismos. Nacieron de nuestros hondos estertores los torrentes del rumor, los gemidos y alaridos de la historia, el relato y los mitos, las fábulas. Nació lo que no existe, lo que sólo es: la novela, el arte. Se volvió elocuencia. "La segunda parte comprende... los cuadros del Ticiano, la santa desnudez del arte que diviniza el cuerpo y reacciona por medio del esplendor de lo bello y lo verdadero..."

Me casé muchas veces, a través de múltiples y complicados ritos, con mi culo, que se investía de nuevas formas, color y posición, transmutando su intensidad, emoción, aroma y misterio. Nacieron de nuestras nupcias inagotables juegos, oscuros ritos, misterios religiosos y profanos, viajes ignotos, cantos he-

chos de más y menos que palabras, en medio de una embriaguez que no saciaban taberna o templo alguno. Fui y vine sólo para él. Quise el vivir abismal y en él lo obtuve; el mundo existe por él, a quien casi toda acción se ofrenda, pues todo le cabe y todo lo contiene, es el ojo en el centro de la frente del amor. El culo es la imagen única posible que podemos ver de nuestro señor Eros, y por ello es la forma por excelencia ofertada del cuerpo de la amante. Aquí está, aquí lo tengo. Lo reverencio con todos mis sentidos, pues sé que él está ante mí como una siempre inmerecida gracia que las deidades se dignan concederme, por la razón que sea. Me las dieron, me las están dando; ellas saben, yo no; yo acato y celebro. Aquí está, un poco hacia mi izquierda. Estoy sentado y afuera llueve. Veo caer la lluvia y me invade su esencial perfume, el suyo, mezclado con el olor de la tierra penetrada por el agua; lo amo y lo vuelvo a lamer. Es el *anus dei* de todos los que aman.

Sé que algún día lo perderé y que eso es el único mal que conocemos, pero sé también que eso ya no importa, como tampoco el bien. Ya nos pertenecemos, y eso en él y en mí fue para siempre. Los dioses, con su gusto que nadie cuestiona, quieren siempre sangre nueva y yo no veneraría a un dios que quisiera a los viejos. Los viejos son ya dioses y no necesitan ser amados. Por eso, amantes, les ahorro la tercera y última parte del poema; un poema que todos, aun los más ínfimos conocemos, pues está hecho de nuestra médula, de nuestra fuerza y deseo y que nos abandona —cuestiones de tiempo, de edad, esas minucias— cuando es justo; cuando somos viejos y estamos cansados y él se va entregar y a chupar a otros jóvenes, a alimentarse de su savia, que sólo para eso fueron creados. Nunca se agota y está siempre ahí, eternamente ofrecido y aromático. Bendito sea él, que es *l'amor che move il sole e l'altre stelle*.



Vagabunda II

## NUEVOS PLACERES PERDIDOS/VI

### Marco Tulio Aguilera Garramuño

Cuando se fue el pianista enamorado con todo y sus colillas de Pielroja, *Coco* alquiló la mitad de la casa a alguien que creía serio e irreprochable, una de esas personas que el primer día de cada mes paga la renta aunque esa mañana haya habido un terremoto: se la alquiló a un profesor de la Universidad del Valle. Era un intelectualote, un tipo que vivía obsesionado por una película de Polanski: *El inquilino*. Parece que el argumento de la película es éste: el protagonista entra a una casa donde una mujer está a punto de ser asesinada. La mujer llega y ve al tipo ataviado con un vestido de ella. El resto de la película no me lo sé.

Adolfo medita, parece hallar el hilo perdido, y continúa:

—Parece que el nuevo inquilino de *Coco* vestía cada tarde un vestido de su casera y salía a la calle. Después de la primera salida regresó con los tacones quebrados. El aspecto del tipo era ofensivo en grado sumo: blusa escotada y pecho peludísimo, un insulto para los travestis, para los machos, para las mujeres, para todos. Después de la segunda salida regresó con un dedo quebrado y un ojo negro. Después de la tercera, con rasguños por todo el cuerpo. Aquello era un descrédito total para la Academia que *Coco* y yo habíamos fundado. El resultado fue que las madres poco a poco fueron sacando a los niños de nuestra escuela, los desmatricularon. Y eso sucedió hasta que un día llegó el respetable profesor con un puñal en el pecho y ahí terminó la historia del tercer inquilino. El cuarto inquilino fue un músico polaco, oboísta. Se instaló y trajo las siguientes costumbres. Llegaba muy serio, se encerraba en su cuarto y *Coco* se sentía tranquila. Un día cancelaron el ensayo de la orquesta y cuando llegó el polaco, *Coco* salía desnuda con la toalla de baño en la cabeza. Desde ese día, el polaco cambió. Se dedicó a llorar. Hablaba, pero nadie le entendía porque sólo hablaba polaco. Gimoteaba, lloraba y se lamentaba interminablemente. Y aquello a *Coco* la aterrorizó, de modo que desde entonces se encerró en su cuarto. Sólo abría para decir *juchi*, *uchil*, como espantando a un perro, con lo que el polaco, que se había quedado llorando a la puerta del cuarto de *Coco*, se alejaba. Al fin el viejo polaco oboísta se fue poniendo pálido y demacrado. *Coco* llamó a la Cruz Roja, se lo llevaron, lo tuvieron con suero y sondas hasta que se murió, pues nadie fue a visitarlo ni a reclamar su cadáver. El médico, que no supo diagnosticar su mal, y que vio la mirada

con que el polaco se despedía de *Coco* en el momento en que se cerraba la puerta del cuarto de hospital antes de su agonía, afirmó con absoluta seriedad que el polaco había muerto de amor, como la *Niña de Guatemala*, ¿conoces la historia?

Mientras Adolfo sigue hablando, caminamos entre los destrozos de este país que es Colombia. Es verdaderamente sorprendente que una persona como Adolfo conserve fresco su fantasía, su imaginación, su infantil felicidad de vivir, en un país en el que un perro no ha terminado de caer de una azotea, cuando ya hay tres mendigos esperando abajo para llevarlo a la fábrica de salchichón.

Sigue Adolfo contando historias sobre los tiempos de la Academia. "Una vez que se desocupó el cuarto rentado en casa de la Academia Ana Pavlova, de nuevo tuvimos problemas para pagar la renta. De modo que *Coco* puso un clasificado y le resultó nuevo inquilino. Era un tipo muy pálido, casi transparente, que resultó muy cumplidor en asuntos de pago. Pero había un problema y era que cuando *Coco* se dormía, el tipo metía al cuarto las criaturas más extrañas. Invitaba al cuarto a seres mitológicos —la Gorgona, las tres viejitas que compartían un solo ojo, las parcas, ese tipo de criaturas, un cupido— y aparte de ello, consumía alucinógenos en cantidades inconcebibles. Esto ocasionaba problemas gravísimos e inéditos. Un día, por ejemplo, *Coco* se resbalaba en un cagajón de unicornio; otro día, tropezaba con una especie de lira o arpa eólica. El final del tipo fue verdaderamente digno de su vida: de tanto consumir alucinógenos y traficar con entidades estrambóticas, pasó a estado gaseoso."

Creo que Adolfo me cuenta todo esto con gran naturalidad, precisamente porque yo lo escucho sin ironía o escepticismo, como si se lo creyera del todo. Y en cierta forma lo creo. *El freno* afronta la realidad con ojos iluminados, interpretándola de forma personal y de acuerdo a su especialísima sensibilidad y a su cultura de monje medieval. Adolfo es tolerado por sus amigos. Algunos son de su tesitura y participan de sus fantasías. Otros, simplemente lo asumen como un loco bueno. Eso sucede generalmente con las personas que apenas lo comienzan a conocer. En general son pocos los que han penetrado con fe en su mundo. Yo creo ser uno de ellos. Por eso doy fe. Porque sé que Adolfo tiene algo muy importante que decirle al mundo.

## CLAUDIA SHAPIRO, LA PASIÓN DE MIRAR

### Fernando M. Díaz

Los desnudos que Claudia Shapiro capta con su lente no son, en su mayoría, de modelos profesionales, sino de esos cuerpos de todos los días, de mujeres obedientes al ritual cotidiano del descubrirse y vestirse. Las mujeres que la fotógrafa atrapa son un cuerpo, aunque urbano, universal, que halla en sus recorridos lo mismo por Lisboa que Barcelona o la ciudad de México.

Te besara en la punta de las pestañas y en los pezones, te turbulentamente besara, mi vergonzosa, en esos muskos de individuo blanca, tocara esos pies para otro vuelo más aire que ese aire felino de tu fragancia, te dijera española mía, francesa mía, inglesa, *ragazza*, nórdica boreal, espuma de la diáspora del Génesis, ¿qué más te dijera por dentro?

El trabajo de Claudia Shapiro se inserta con plena conciencia en el contexto de los postulados posmodernos (*Nihil novum sub sole*), y sin embargo sus imágenes no dejan de sorprendernos y envolvernos en el placer de mirar como experiencia cómplice. "La mirada enciende al objeto, el contemplador es un mirón", dice Octavio Paz, y de él mismo agregamos: "El cuerpo y la imaginación ignoran al futuro: las sensaciones son la abolición del tiempo en lo instantáneo, las imágenes del deseo disuelven pasado y futuro en un presente sin fechas. Es la vuelta al principio del principio, a la sensibilidad y a la pasión..."<sup>2</sup>

La quiromancia y la fotografía son artes de la adivinación que siguen líneas, la una en las manos, la otra en los cuerpos, el desnudo convertido en haz de luz, terciopelo de líneas perfumadas en deseo, convocadas para revelar el ritmo, la asimetría armónica o el contraste, todo ello como parte de una doctrina de la composición que muestra la formación académica que Claudia adquirió en sus lecciones de arte, la cual ha incorporado a una gramática sólida como parte de su lenguaje personal que, sin embargo, no reconoce cánones-fronteras. Sobre ello Antonio Luque ha escrito: "A pleno sol o en la penumbra, los desnudos de Claudia Shapiro exploran las posibilidades de la expresión corporal sin ceñirse a cánones restrictivos que limiten su creatividad."<sup>3</sup>



Foto: Huberto Batis

En su trabajo más reciente, Claudia muestra que no desconoce la parte científica y óptica de la fotografía, tomando su obra en impresionista gracias al grano reventado en el papel, el cual hace estallar las imágenes en lo que Bertrand Russell llamó *quanta luminosos*, los cuales son suficientes para producir la sensación deseada a través de un alfabeto perteneciente a la región de lo posible, donde sólo cabe el juicio estético y analógico ya que nos encontramos en la gama de los sueños: el blanco y el negro, todos los colores y ninguno para encender la pasión.

<sup>1</sup> Del poema "El fornicio" de Gonzalo Rojas, en *Del Relámpago* (poemas). FCE, México 1981, p. 161.

<sup>2</sup> Octavio Paz, *Los hijos del limo*. Ed. Oveja Negra. Colombia, 1985.

<sup>3</sup> Antonio Luque, "Claudia Shapiro y Daisy Ascher, dos miradas sobre el desnudo femenino". Centro de la Imagen, *Catálogo de Fotoseptiembre*. México 1994, p. 248.

# EL MIEDO A LOS ANIMALES [fragmento de novela]\*

de la primera engarrotadas del público. Tomó el micrófono Pablo Segura, un guero cuarentón de mejillas hundidas y lentes a la John Lennon que empezaba a quedarse calvo. Segunda remesa de elogios para Perla, ahora en un lenguaje hinchado de espesura conceptual, más cercano a la física nuclear que a la crítica literaria.

—Constelación de signos, aventura oximorónica de alto poder centrífugo, *Los dones del alba* marca un hito en la poesía mexicana contemporánea. Exploradora de paralelismos inéditos, al borde siempre de la anarquía semántico-discursiva, Perla Tinoco alcanza con este libro la plenitud de su estilo, un estilo que al mismo tiempo es un metalenguaje, una inquisición radical de los paradigmas escriturales en boga...

Los hombres tosián de impaciencia, las mujeres cruzaban y descruzaban las piernas y hasta la propia Perla Tinoco bebía un vaso de agua tras otro, descuidándose la papada al momento de deglutir. Sólo Evaristo escuchó impertérrito el extenso rollo de Pablo Segura, temeroso de que su aburrimiento lo delatara como intruso. Había llevado una libreta para hacerse pasar por periodista y hacía como que tomaba apuntes. "Si esto es la cultura —pensó— me quedo con *El libro vaquero*". Cuando creía que el tormento había terminado, Segura le pasó el micrófono a Perla.

—Buenas tardes, amigos. Muchas gracias por acompañarme. Gracias también a Pablo y a Daniel por su interés en mi obra, que me compromete a escribir mejor. Ustedes son la inmensa minoría que mantiene viva la poesía en un mundo que ha perdido la capacidad de soñar. A ustedes me debo y por ustedes escribo. Cuando era niña me dijeron que a las palabras se las lleva el viento. Crecí entre libros y al llegar a la adolescencia descubrí que estaba hecha de palabras. Entonces, por miedo a quedar borrada de un soplo, escribí mis dos primeros poemas que titulé "Canciones para detener el viento". Ahora sé que todo poema es una raya en el agua, un vano artificio del cuidado, como decía sor Juana, y sin embargo, por costumbre, tenacidad o vicio, me he mantenido fiel a una vocación que para mí es tan indispensable como el pan o la sal...

A continuación, la Tinoco leyó una muestra de su obra poética, empezando por los *ha-kais* de la sección "Pórtico". Cada uno llevaba seis o siete epígrafes de otros tantos poetas (Eliot, Rimbaud, Kavafis, Ungaretti, Novalis) que Perla citaba en su idioma original con una pronunciación impecable, como preludio a su evanescente destello de inspiración:

A la sombra del níspero  
mi alma es un pájaro  
mecido por el follaje.

"Tanto pedo pa cagar aguado", pensó Evaristo, que había llenado la libreta de garabatos y ahora dibujaba una marrana con la cara de Perla. "El *Chamula* tiene razón: lo mejor sería llevarnos a todos estos cabrones a los separos, para que lean sus chingaderas allá." Todavía faltaba la parte más emotiva del recital, en la que Perla leyó con voz entrecortada una *Elegía por la muerte de mi madre* que según su propia confesión estaba "escrita con sangre y lágrimas". Evaristo se alegró de que sólo tuviera cuatro epígrafes, dos de ellos en búlgaro antiguo. La elegía duró casi diez minutos y hubo un momento en que la Tinoco estuvo a punto de soltarse a llorar. Cuando terminó la lectura le dio una ovación de pie, para empezar a congraciarse con ella.

—Una vez más les agradezco su compañía y ahora quiero invitarlos a que pasen al fondo del salón, donde la editorial Prisma les ofrecerá un coctel y unos bocadillos.

En el coctel, angustiado por no conocer a nadie y tener que beber a solas mientras los demás charlaban en grupos, Evaristo sintió que su soledad era un estigma, un llamativo traje de carnaval. Para ocuparse en algo compró *Los dones del alba* en un puesto improvisado a la entrada del salón. El libro le dio un pretexto para infiltrarse en el corrillo de gente que rodeaba a la autora.

—Maestra Tinoco, ¿sería tan amable de darme su autógrafa? —Evaristo le tendió el libro con una mirada de veneración—. Me llamo Luciano Contreras, hago crítica literaria, y admiro mucho su poesía. Nunca me imaginé que usted fuera tan joven.

—Gracias, qué lindo —la Tinoco le obsequió una dedicatoria breve con una sonrisa condescendiente—. Su nombre me suena. ¿Usted escribe en *El Semanario de Novedades*?

—No, en *El Matutino*.

—¿El periódico donde escribía el muchacho ese que mataron?

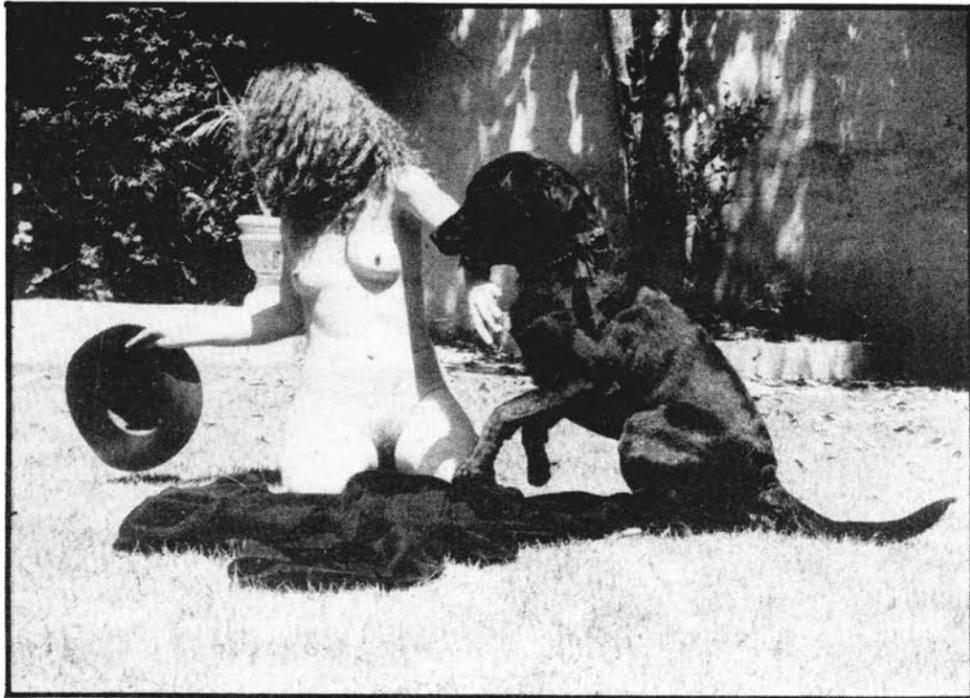
—Se llamaba Roberto Lima. ¿Usted lo conocía?

—Cómo no. Trabajamos juntos en la Universidad Simón Bolívar. No llegamos a ser amigos, pero lo estimaba mucho, como persona y como escritor.

—El también se expresaba muy bien de usted —ironizó Evaristo—. Antes de morir me pidió que la entrevistara.

—¿De veras? —Perla enarcó las cejas, desconfiada—. Pues ahorita no puedo, tengo que atender a mis invitados, pero hábleme a la oficina y nos ponemos de acuerdo. Le voy a dar mi teléfono...

Por su tarjeta de presentación, Evaristo se enteró de que Perla fungía como subdirectora ejecutiva del Conafoc (Comité Nacional de Fomento a La Cultura), la institución cultural de moda, que agrupaba y coordinaba a todas las del Estado, con un presupuesto multimillonario. De nuevo solo, pero con el apoyo psicológico de un jaibol, se puso a hojear el libro de la Tinoco y en la página 34 descubrió una exuberancia con la que le recordó el motivo de sus querrelas con Lima. Pinche vieja. Mucho búlgaro antiguo pero no sabía español. La estimación que sentía por él se reafirmó al considerarlo una víctima de ese mundillo *snoob*, donde sólo tenían cabida los arribistas como Daniel Nieto y Pablo Segura, quienes charlaban muy animados con un joven alto y distinguido que llevaba gajón y saco de *tweed* (seguramente un banquero poeta, dedujo) sin despegarse de la mesa donde servían el trago. Su amistad con la Tinoco era una ofensa a la memoria de Lima, pero él estaba ahí para



El cuerpo de la sombra

semblantearlos, no para echarles un sermón sobre la lealtad. Cuando el milloneta del gajón hizo mutis y abandonó el salón, Daniel y Pablo se quedaron botaneando junto a la mesa. Evaristo apuró su jaibol de un trago y se acercó a ellos.

—Buenas noches. Perdonen la molestia, pero quisiera hablar con ustedes. Me llamo Luciano Contreras y estoy haciendo un reportaje sobre la muerte de Roberto Lima.

—Qué bueno —Segura estrechó su mano—. Alguien tiene que ponerse a investigar el crimen, para presionar a la policía.

—Ayer hablé en el velorio con Rubén Estrella y me dijo que ustedes eran muy amigos de Lima.

—Amigos no, éramos uña y mugre —corrigió Nieto—. Cuéntale, Pablo, de la vez que nos fuimos a Acapulco sin un centavo y terminamos durmiendo en Caleta, con una jauría de perros encima.

—El *Robert* era un tipazo, un espíritu libre que no le tenía miedo a nada —Segura miró al vacío, consternado—. Vivía en el filo de la navaja porque nunca transigió con la miseria moral de este mundo, ni como escritor ni como persona. Yo lo quería mucho, la noticia de su muerte me partió la madre. ¿Por qué le tenía que tocar a él, carajo?

Al principio sus comentarios tenían el aire estudiado de los pésames que se dictan por teléfono a un reportero, pero a medida que pasaban las bandejas de tragos iban cobrando emoción y sinceridad. Nieto recordó con asombro la disciplina intelectual de Lima, que a los 21 años ya se había leído a Tolstói, a Borges, a Flaubert, a los Contemporáneos, a todo el *boom* y hasta la *Biblia* completita en la versión de Casiodoro de la Reyna. Segura le arrebató la palabra para evocar la pasión con que Lima defendía sus gustos literarios, donde no se andaba con medias tintas: sólo había blanco y negro, genialidad o basura. Su radicalismo y su integridad lo habían marginado prematuramente del *establishment* literario, donde cualquier intemperancia estaba mal vista. De tanto pelearse con los falsos valores del medio se fue convirtiendo en un lobo estepario, aborrecido pero respetado, al que nadie invitaba a ningún coctel, porque a las primeras de cambio le tiraba sus netas al anfitrión y lo ponía en evidencia delante de todo el mundo.

Al oírlos hablar con tanta calidez del amigo ausente, sin la rígida expresión de autoridades literarias que llevaban puesta en el estrado, Evaristo entró en confianza y los interrogó sobre la vida de Lima en los últimos meses: ¿Sabían de alguien que deseara matarlo? ¿Tenía problemas con su familia o con su pareja? ¿Debía dinero? ¿Qué lugares frecuentaba? Ninguno de los dos creía que los enemigos de Lima en el medio literario tuvieran nada que ver con el crimen.

—Los literatos podemos odiarnos a muerte —dijo Nieto— pero nunca nos matamos, porque se nos acabaría nuestra principal diversión. Mejor investiga en la Judicial de dónde vino la orden. Ellos fueron, pero nunca se va a saber la verdad.

Segura opinaba que Lima en el fondo estaba deseando la muerte. De hecho se lo había confesado semanas antes del crimen, cuando remataron en Garibaldi una borrachera iniciada horas antes en una cantina. Pobre de mí, cantaba con los mariachis, esta vida mejor que se acabe, y aunque por hombría se calló el motivo de su dolor, Segura lo atribuyó a la traición de Fabiola Nava, la última de sus amantes, que había resultado una verdadera fichita.

—¿Qué le hizo? —preguntó Evaristo— ¿Lo dejó por otro?

—Pregúntaselo tú mismo, si es que te da una entrevista. No sé quién haya matado al *Robert* físicamente, pero ella le había partido el alma. Y encima tuvo el descaro de ir al velorio. Mi esposa quería sacarla del pelo.

Interrumpió a Segura una pareja que se despedía y Nieto aprovechó para llamar al mesero, que le mostró desde lejos la charola vacía.

—¿Cómo que ya no hay *whisky*? —el mesero se encogió de hombros—. Siempre pasa lo mismo con esta pinche editorial. Nomás lo dejan a uno picado. El coctel se había acabado antes de empezar. Quedaba muy poca gente en el salón, los meseros ya estaban recogiendo los vasos y hasta la propia Perla Tinoco iba de salida, escoltada por un grupo de amigos. Evaristo paró la oreja y alcanzó a oír su charla. Querían que Fabiola escogiera el sitio donde irían a cenar.

¿Estaba bien el Tajín o prefería el nuevo restorán de *nouvelle cuisine* que acababan de abrir en Polanco?

Daniel y Pablo miraban con tristeza el fondo de sus vasos. Intrigado por la traición de Fabiola, que podía ser la clave para resolver el crimen, Evaristo les propuso ir a tomar una copa a otra parte. La rápida y entusiasta aceptación de los dos dispuso sus recelos: era evidente que no pertenecían al círculo encopetado de Perla Tinoco, sino al democrático ambiente de la bohemia, donde las diferencias de clase y rango intelectual desaparecían frente a una botella. En la Plaza de Santa Catarina cada uno tomó su coche y por sugerencia de Nieto se dirigieron al Trocadero, un bar de San Ángel "frecuentado por las mejores nalguetas de México".

Como temía, el lugar resultó un almacén de vanidades insatisfechas donde la gente *chic* iba a ser vista más que a beber. En una vieja casa acondicionada como cantina de lujo, con arañas de cristal, mesas enanas de mármol y pinturas originales en venta, se congregaba una clientela marginal pero acomodada compuesta por actrices de teatro universitario, escenógrafos, escritores de inspiración fácil que volcaban su genio en las servilletas, críticos de cine, creadores de *performance* y niñas bien que iban a rozarse con gente famosa, a pesar de que la gente famosa —según le informó Nieto mientras aguardaban mesa— nunca se paraba en ese lugar y sólo caían de vez en cuando algunos aristogatos de Octavio Paz. Todos vestían con estudiada informalidad, como si hubieran tardado varias horas en elegir sus garas. Pidieron una ronda de jaiboles y Evaristo fue al grano.

—Me dejaron picado con lo de Fabiola. ¿Qué le hizo a Lima?

—Mejor hablemos de otra cosa —lo paró Nieto—; no quiero que me salga herpes en la lengua.

—Pero es que yo necesito saber...

—Daniel tiene razón. Hay cosas que no se pueden contar en un lugar como éste, donde cualquiera puede estar oyendo. Confrómate con saber que lo traicionó, y no con un tipo cualquiera, sino con su peor enemigo.

—¿Con quién?

—Su nombre no te va a decir nada y si te lo damos nos podemos meter en broncas. ¿Qué tal si nos sacas al balcón en tu reportaje? Ni siquiera te conocemos.

—Pero esto es confidencial. Les juro que no voy a publicar nada de lo que me cuenten.

—No insistas, por favor —Nieto se tomaba su interés a chunga—. Vamos a creer que eres un detective.

—Tengo que serlo, para escribir algo que valga la pena.

—Entonces vete a investigar a la Judicial —se impacientó Segura—. Ellos fueron los que lo mataron.

—Tengo mis dudas. No creo que sus rabietas en *El Matutino* representaran un peligro para el sistema. Lima no tenía lectores ni su voz pesaba en la opinión pública. ¿Alguno de ustedes leía las notas que sacaba en la sección cultural?

—Lo queríamos, pero no a ese extremo —admitió Nieto.

—¿Ya ven? Los grandes cacas del gobierno podrán ser corruptos, pero no pendejos. ¿Para qué iban a matar a un loco inofensivo? Manuel Buendía escribía la columna política más leída de México, y denunciaba con las pruebas en la mano a gente de muy arriba. El sí era una amenaza para el poder. Lima sólo daba palos de ciego, sin afectar los intereses de nadie.

—Pero si no lo mató el gobierno, ¿entonces quién? —preguntó Segura.

—No lo sé, pero entre los escritores hay rivalidades muy fuertes. Yo no descarto por completo a la gente del medio...

—No pensarás que alguno de nosotros le sorrajó el librazo, ¿verdad? —bromeó Segura.

—Ustedes eran sus amigos, pero mucha gente no lo quería. He estado investigando y sé que tenía algunos enemigos. Entre ellos Perla Tinoco.

—Pero hombre, ¿a poco sospechas de ella? Perla Tinoco es incapaz de matar a una mosca —aseguró Nieto—. Ella sólo es criminal en su poesía.

—La *Tinoco* se peleó con el *Robert* hace como diez años, pero el pleito no pasó a mayores —recordó Segura—. Creo que le dijo ignorante y ella lo corrió de un trabajo. Así es la cerda: no soporta que le digan verdades.

—Creí que ustedes la admiraban.

—Yo sí la admiro —intervino Nieto—. La admiro porque siendo la poetisa más cursi, rampiona y analfabeta

de México ha reptado con una habilidad increíble para llegar al lugar donde está.

—Pero hace un rato, en la presentación de su libro, dijiste que era una maravilla —observó Evaristo.

—Y qué querías que dijera, si *Miss Piggy* es la virreina del Conafoc. Todo pasa por su oficina: ella reparte becas, premios, ediciones, viajes al extranjero, y tiene muy mala leche cuando se siente ofendida. Cuidado con estar en su lista negra, porque ya te chingaste para todo el sexenio. Yo no soy un héroe como el *Robert*, a mí el billete me gusta mucho, y si ella cree que es la encarnación de sor Juana con unos cuantos kilos de más, ¿qué me cuesta darle por su lado?

—Hay veces en que uno debe ser mentiroso por diplomacia —explicó Segura—. La *Tinoco* nos invitó a presentarle su libro. ¿Qué querías? ¿Que se lo hicieran pedazos enfrente de sus amigos? Hubiera sido una chingadera. Ella sabe que le hicimos un favor y dentro de poco nos lo va a tener que pagar. Así funciona esto: hoy por ti mañana por mí.

—Pues yo me la tragué toda —mintió Evaristo—. Cref que de verdad era una chingona.

—Porque no sabes cómo se hace la crítica en México —intervino Nieto, aleccionador—. Lo que se dice en público no cuenta, son puras fórmulas de cortesía. En charlas de café o en reuniones de amigos es donde nos tiramos la neta, siempre y cuando el criticado esté ausente. Eso fue lo que el *Robert* nunca entendió. Quería decir la verdad en los periódicos o gritársela en la cara a los escritores y la gente del medio lo alucinaba.

—Pobre cabrón —continuó Segura—, se amargó la vida por necio. Cuántas veces no le dije *Robert*, agarra la onda, qué ganas con repartir madres a diestra y siniestra. Aprovéchate de los pendejos en vez de pelearte con ellos. Pero él se tomaba a lo trágico nuestro mundito literario, que es para morirse de risa. Era un personaje de Tolstói, obsesionado con la verdad y la rectitud, metido en una novela picaresca llena de estafadores, charlatanes, lambiscones y putas.

Evaristo miró su reloj, contrariado. Tenía cita con el *Chamula* en el Sherry's y la conversación se estaba desviando por una vereda que podía conducir a muchas partes, menos a la traición de Fabiola Nava. Nieto y Segura habían vuelto a caer de su gracia, pues temía que al darse media vuelta para ir al baño le dieran el mismo tratamiento que a Perla Tinoco. Y aunque ninguno de los dos fumaba puro, de cualquier modo los anotó en su lista de sospechosos, con la etiqueta de hipócritas. Por si fuera poco, el ambiente del bar le ponía los complejos de punta. La vulgaridad oficinesca de su traje a rayas desentonaba con la sofisticación del personal que lo rodeaba. El gran fracaso de su vida era no haber sido escritor y su ropa lo proclamaba a los cuatro vientos, para regocijo de la clientela, que sin duda se reía de él por lo bajo. ¿Cómo te atreves a venir aquí, parecían decirle con la mirada, si no eres nadie en el mundo de la cultura?

—Hijole, qué pena —se levantó de improviso—. Tengo que escribir una nota para mi periódico. Me van a perdonar, pero si no entrego antes de las 12, mi jefe me mata...

—Eso no se vale —protestó Nieto, arrastrando las eses—. Primero nos traes acá y luego te cortas.

—Discúlpeme, por favor, se me olvidó por completo que tenía chamba.

—Uuuy, qué gacho. Tómame la última, hombre, y si tu jefe se enoja yo te consigo trabajo en algún suplemento —le propuso Segura—. ¿Qué quieres hacer? ¿Entrevistas, reseñas, crónicas?

Evaristo le prometió tomar en cuenta su oferta, pero no quiso tomarse "la última", a pesar de sus quejas. Intercambiaron teléfonos y quedaron de verse otro día para seguir hablando de Lima, cuando ya tuviera escrita la primera parte del reportaje. Iba a dejarles pagada la cuenta, pero al momento de sacar la tarjeta recordó su falsa identidad y se limitó a pagar en efectivo lo que había consumido: Luciano Contreras era un periodista prángano y no podía derrochar su dinero en invitaciones, como si fuera un magnate. Afuera, liberado de la presión psicológica que le imponía el lugar, le dio un trago largo a su botella de Old Parr, se vio en el espejo retrovisor y desahogó su resentimiento pensando en voz alta: "No escribí nada, cabrones, pero soy su padre."

\* Novela de próxima aparición en la editorial Joaquín Mortiz

La memoria del árbol

